SIGNIFICACION INTELECTUAL DE LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS EN LA COSTA RICA DEL SIGLO XIX

PROF. ABELARDO BONILLA:

En forma ocasional surgió la idea de dedicar una Sesión de la Asociación a estudiar la significación de nuestra vieja Universidad de Santo Tomás. A mí me pareció muy interesante desarrollar, no desde luego un estudio, pero sí una conversación inicial que quizá dé origen a un estudio más serio. Tengo la impresión de que este tema de la Universidad de Santo Tomás es uno de los más importantes en relación con nuestra cultura y que algún día habrá que tratarlo a fondo según investigación muy detallada, y es más, tratar de ver, sobre los datos que esa investigación dé, el verdadero valor que la Universidad tuvo para la cultura costarricense del siglo XIX y hasta dónde se ha exagerado, tanto al menospreciarla como al exaltarla. Por que uno de los mayores atractivos de este tema es que en Costa Rica ha habido las dos tendencias: ha habido la tendencia a aminorar la importancia de la Universidad, como lo vemos con ciertos párrafos de Don Cleto González Víquez. Y ha habido también la tendencia a elogiarla y a exaltar su valor, tomando en cuenta, porque esto es un hecho indudable, que dio una generación de verdaderos valores y que, cuando fue suprimida, dejó un vacío bastante profundo en nuestra cultura, no obstante que continuó trabajando la Escuela de Derecho, es decir, no era sólo el estudio del Derecho lo que interesaba en la Universidad, sino que había otras disciplinas, quizás las menos prácticas, la Filosofía entiendo yo, que contribuyeron mucho a formar mentes disciplinadas y sobre todo muchos de los valores que actuaron en nuestra vida pública.

Se trata pues de un coloquio, de una conversación, y hemos dispuesto que Don Rafael Obregón, que es quien más ha estudiado este tema y al que debemos ya valiosos estudios, nos dé en primer lugar un resumen sobre el desarrollo histórico de la Universidad de Santo Tomás; nos parece que eso sería una base necesaria para cualquier otro estudio, para cualquier especulación sobre el valor, ya trascendente, que tuvo la Universidad y de lo cual entiendo nos va a hablar el Doctor Macaya.

PROF. RAFAEL OBREGON:

El estudio de la evolución histórica de la Universidad de Santo Tomás y de las consecuencias de la labor que allí se desarrolló, vale la pena analizarlo porque en realidad todavía no lo conocemos bien.

Hay unos cuantos estudios muy ligeros, muy superficiales pero aún no se ha ahondado el tema.

Cuando ojeamos la historia de nuestro país, vemos que la mayor parte de nuestros estadistas o de nuestros primeros políticos tuvieron mucha tendencia hacia la obra cultural del país. Costa Rica tuvo la suerte de haber sido gobernada du-

* Texto de la Mesa Redonda organizada en la Asociación Costarricense de Filosofía.

rante largos años por hombres verdaderamente civiles. La historia de América nos dice que después de la guerra de independencia tomaron el poder en casi todas las naciones de este continente, los militares, aquellos que habían peleado por la independencia, o aquellos que habían colaborado en alguna forma y que ese ejemplo de los militares en los primeros gobiernos de esos países, se hizo fructífero y siguen apareciendo militares por largos años en casi todos los países de América. Pero Costa Rica viene siendo, en realidad una verdadera excepción. Costa Rica comenzó a ser gobernada por hombres netamente civiles y por maestros de escuela; al repasar los nombres de aquellas personas que formaron nuestras primeras Juntas de Gobierno y de quienes fueron nuestros primeros jefes de estado tenemos allí a Don Juan Mora Fernández, a Don José Rafael de Gallegos, a Don Joaquín de Iglesias, a Don José Santos Lombardo, todos los cuales fueron maestros de primeras letras, título muy honroso en nuestro país desde aquellos años, y siguen apareciendo los hombres civiles desde el año 1821 de nuestra independencia hasta el año 1870 en que aparece el primer militar en el gobierno de Costa Rica que fué el General Tomás Guardia, porque en realidad, los cinco meses que gobernó nuestro país el General Morazán, no podemos tomarlos muy seriamente en este aspecto, porque Morazán fue en nuestra política un intruso, fue un hombre que estaba desconectado mucho de nuestro medio ambiente, que vino a invadir el país con 500 hombres, derrocó a Carrillo, tomó el poder por unos pocos meses y el pueblo de Costa Rica se encargó de acabar con ese gobierno. Por lo tanto en ese lapso del 21 al 70 son hombres civiles, la mayor parte entusiastas de la educación del país, los que van a gobernar a Costa Rica.

La Universidad de Santo Tomás fue creada como saben todos por decreto de 3 de Mayo de 1843 suscrito por el Dr. José María Castro, como Ministro General de Costa Rica; y en ese decreto, en los considerandos del mismo está muy clara la intención de los hombres que fundaron la Universidad. Allí se habla de la importancia que tiene la instrucción pública para el país, allí se dice que la labor fundamental del Gobierno es la instrucción pública, allí se explican muy bien las ideas que el Doctor Castro tenía acerca de la importancia de la cultura nacional. El creía que el pueblo de Costa Rica, solamente podría ser un pueblo libre y un pueblo comprensivo de sus obligaciones cívicas, únicamente en el caso de que fuera un pueblo culto, lo dice muy bien: "Que la instrucción es el baluarte de la libertad del país". Que un hombre para comprender la libertad, para poderla defender, para poderla vivir, tiene que ser necesariamente un hombre culto; que para que sea consciente de sus deberes cívicos, tiene que ser un hombre culto, lo expresa en el decreto de fundación.

Nuestros próceres comprendieron, como dice Don Rómulo Tovar, que no podían fundar una república en medio de una ignorancia popular, que era necesario ilustrar el pueblo. Por eso se ha dicho que los que fundaron la Universidad de Santo Tomás hicieron para iluminar el alma costarricense.

Claro está que no tenían mucha experiencia en cuestiones de universidades, que aquí en Costa Rica unos pocos ciudadanos habían ido a Guatemala y otros a Nicaragua a hacer sus estudios superiores universitarios; el Doctor Castro fue uno de esos, llegó a la Universidad de León; la Universidad de León había sido un seminario, el Seminario de San Ramón, que con unos cuantos arreglos, unas cuantas modificaciones, había sido convertido en universidad para darle más rango. Pero dominaba en la Universidad de León una fuerza, digamos teológica hasta cierto punto, porque era una proyección del antiguo seminario, y entonces el Doctor Castro copió mucho de esa universidad. Por eso vemos que al abrirse la Universidad de Santo Tomás, una de las cátedras a la que se le dió más importancia fue a la cátedra de Teología, desde el principio, y en esa forma, la Universidad de Santo Tomás toma un aspecto arcaico, no por la cátedra de Teología sino por la forma

de su organización inicial; fue como en el caso de Nicaragua, una modificación o adaptación de un instituto que ya existía; se había fundado aquí desde los últimos años de la colonia la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, que vino a ser una institución educativa bastante complicada, porque en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás había clases de primeras letras como se llamaban, donde los muchachos aprendían a leer y escribir, aprendían a contar, y al lado de esas materias tan elementales, encontramos clases de Filosofía y clases de Gramática Castellana y Latina, o sea que no podemos nosotros decir que la Casa de Enseñanza de Santo Tomás fuera un instituto de enseñanza primaria o un instituto de enseñanza secundaria, sino que era una mezcla de las dos cosas. Y la Universidad de Santo Tomás, hasta cierto punto padecía de ese mismo defecto; había clases superiores, pero las gentes aquí en realidad no estaban bien preparadas para poder asimilar las clases de Teología, Filosofía, los estudios superiores de Latín, porque la enseñanza primaria era muy defectuosa y porque prácticamente la enseñanza media no existía y entonces vemos que desde los primeros años, hay dentro de la misma Universidad de Santo Tomás, una escuela primaria, y los muchachos en realidad pasaban de la escuela primaria a las clases universitarias.

Esto se hizo más grave andando los años y los hombres que rigieron la Universidad se vieron en el caso de crear un colegio de segunda enseñanza, que se llamó el Instituto Nacional, metido dentro de la misma Universidad, para llenar esos vacíos y perfeccionar un poco la enseñanza total universistaria.

La labor de la Universidad, es pues, una labor lenta pero muy efectiva, por que las cosas tenemos que analizarlas por sus resultados, tenemos que conocerlas por el fruto que dan; y en realidad los hombres que salieron de la Universidad de Santo Tomás, fueron hombres bien formados, fueron hombres de pensamiento amplio, hombres muy responsables que a través de los años van a actuar efectivamente, con gran éxito, por el bien de la república.

La mayor parte de los jefes de estado y la mayor parte de los políticos prominentes de nuestro país, de la mitad última del siglo XIX y de los primeros años del siglo XX, todos son producto de la Universidad de Santo Tomás, todos se formaron en las aulas universitarias de esa antigua institución; de allí que nosotros tenemos que pensar, que aquella labor no fue estéril, fue una labor realmente corta; unos 44 años más o menos estuvo abierta esa Universidad, pero los resultados fueron magníficos para el progreso del país.

El Doctor Castro pensaba siempre que la base de la democracia, tenía que ser la cultura nacional; él trató de engrandecer Costa Rica, a través de la obra de la cultura y en realidad no aró en el mar, porque si algo le ha dado nombre a nuestro país en el exterior ha sido la fama de su instrucción pública.

Colaboraron en la Universidad de Santo Tomás muchos hombres, algunos de ellos podemos llamarnos filósofos, porque enseñaron la Filosofía y nos dieron a conocer ideas nuevas.

El primer libro que se publica por cuenta de un catedrático de la Universidad de Costa Rica es el libro de Filosofía de Don Nicolás Gallegos, Don Nicolás Gallegos es el primer catedrático de la Universidad de Santo Tomás, él nos ofrece una obra de Filosofía en dos tomos, que para aquella época tuvo mucha importancia, porque en esos libros aprendieron Filosofía todas aquellas personas que fueron a la universidad en la época en que aquí no se conseguían obras de esa índole. Gallegos es pues, el primer maestro de Filosofía que hubo en la Universidad; apenas había recibido él unas cuantas lecciones, porque su temporada en Guatemala fue corta, pero luego por su dedicación a esa disciplina llegó a ser la primera figura en el ramo filosófico en Costa Rica.

El es el que inicia estas labores y llena de entusiasmo a los jóvenes de la época que asisten a las aulas de la Universidad de Santo Tomás.

El Doctor Castro por sus mensajes, por sus discursos, estaba también imbuído de muchas ideas filosóficas; principalmente predominaban en él las filosofías de los hombres de Francia, él fue un gran divulgador de la filosofía francesa; perteneció a lo que se ha llamado escuela racionalista.

Otro de sus rectores fue el Doctor Don Lorenzo Montúfar, hombre que perteneció también a la misma escuela y que hizo gran propaganda por esas ideas filosóficas en Costa Rica a través de su cátedra y a través de sus obras, era hombre que expresaba sus pensamientos con entera libertad y con mucha valentía, ésto le valió perder su cátedra, porque el Ministro de Instrucción Pública del gobierno de Don Tomás Guardia, el Doctor Don Vicente Herrera le llamó la atención por la libertad que él se tomaba en sus lecciones, para hacer ciertas críticas a determinadas instituciones tradicionales, una de ellas se refería expresamente a las críticas del Doctor Montúfar relacionadas con la intervención de la Iglesia Católica en los problemas de esclavitud y otros puntos que él trató. El Doctor Montúfar, hombre enérgico y de carácter un poco fuerte, renunció a su cátedra, dirigiendo una carta al Doctor Herrera manifestándole que para él ante todo era importante la libertad de cátedra y que no se iba a someter a una u otra regla en ese sentido, o sea que era hombre que tenía un gran respeto a sus propias ideas y quería manifestarlas libremente.

El Doctor Domingo Rivas, un canónigo muy eminente, fue también rector de la Universidad y alternan estos hombres en la misma época; alternan el Doctor Castro y el Doctor Montúfar con el Presbítero Rivas y no se establece lucha ninguna, cada uno manifiesta sus ideas, las defiende a su manera, las enseña y pueden trabajar libremente, o sea que en ese aspecto vemos que había un ambiente muy interesante, por que con excepción de ese incidente con el Doctor Montúfar, en 44 años de vida de la Universidad, predomina un amplio espíritu de tolerancia, en el cual encontramos colaborando uno al lado del otro, hombres de ideas filosóficas bastante diferentes.

Por eso es que los jóvenes que van a la Universidad, aprenden de sus maestros ese espíritu de tolerancia y esa independencia ideológica y ese entusiasmo por defender sus propias ideas y de allí salen, como decíamos, un Ricardo Jiménez y un Cleto González Víquez para citar esos dos que son siempre los que se citan como campeones de nuestra democracia; formados por esos hombres y formados por ese ambiente.

La Universidad atrajo a los hombres que vinieron de otros países, como por ejemplo el General Máximo Jerez, Máximo Jerez estudiado en Nicaragua es un militar y es un revolucionario y es un conspirador, tiene una vida ciento por ciento política, y no hay en aquellos años en Nicaragua una revolución en que no esté metido Máximo Jerez. Pero Máximo Jerez que por esos incidentes políticos tiene que ser expulsado de Nicaragua en más de cuatro ocasiones viene a Costa Rica a refugiarse y entonces aquel militar nicaragüense se convierte en un maestro costarricense, porque aquí no tiene ninguna intervención política, ni estuvo complicado en ninguna conspiración, si no que tal era la fuerza del ambiente, que lo hace olvidarse de sus ideas y de sus entusiasmos militares, y se dedica a enseñar. Alguno lo ha señalado aquí, creo que Don Luis Felipe González, como el hombre que empieza a divulgar los principios de la escuela positivista, y como él llegan otros profesores extranjeros a la Universidad de Santo Tomás, que traen nuevas corrientes y que ayudan todas a formar aquella juventud, que luego va a servir tan efectivamente a nuestro país.

Es muy posible, como decía el Doctor Castro, que la cultura nacional contribuyó en la formación de nuestra democracia, porque todos esos grandes demócratas nuestros de fines del siglo pasado y principios de éste, se forjaron en la Universidad de Santo Tomás.

Lástima que fuese esa institución clausurada en el año 1888; Don Mauro Fernández cerró la Universidad, según decía, porque había que fortalecer antes la enseñanza media en Costa Rica, porque él consideraba que antes que tuviéramos universidad, deberíamos tener jóvenes bien preparados, para poder entender y asimilar luego las disciplinas superiores y entonces decidió clausurarla para crear únicamente escuelas profesionales y ver si más adelante, decía él, Costa Rica estaba preparada para que abriera nuevamente la universidad.

Pero después del decreto famoso del año 88 de Don Mauro Fernández la Universidad no se vuelve a abrir por muchos años y entonces vemos únicamente la labor muy personal de los hombres que se formaron en esa institución.

O sea en otras palabras, que la labor de la Universidad de Santo Tomás no se nos presenta como una labor propia de esa institución, sino como una obra personal, de los hombres que pasaron por las aulas de la Universidad de Santo Tomás, es una obra muy personal de ellos, pero como todos la realizan y como esa obra sigue más o menos un proceso armónico, nosotros tenemos que deducir que ellos bebieron sus entusiasmos y su cultura en las aulas de la Universidad de Santo Tomás y luego se encargaron de propagar la labor de la institución.

DR. ENRIQUE MACAYA:

Después de la brillante exposición de D. Rafael Obregón, queda ya muy poco por decir si pretendemos hacer un resumen de la función, tan importante, que tuvo la antigua Universidad de Santo Tomás en la formación de la Costa Rica que podríamos llamar moderna.

No quiero traer aquí una tesis, ni cosa parecida. Me interesa, más que todo, despertar una inquietud; porque, como ha dicho D. Abelardo Bonilla, sobre la Universidad de Santo Tomás se han presentado dos extremos: o se la aminora mucho o se la elogia demasiado. Yo creo que se la aminora mucho, tal vez más de lo justo.

Curioso, la Universidad de Santo Tomás siempre ha provocado el deseo de definirla mediante definiciones sintéticas, que siempre me han parecido un poco injustas y bastantes radicales; definiciones éstas que, por haber sido dichas o hechas por personas de gran valía intelectual, han perdurado a través de los años y hasta nuestros días. Por ejemplo, el Prof. Galdames, chileno, que estuvo aquí hace varios años y que hizo estudios serios y dilatados sobre nuestra educación, llega a conclusiones verdaderamente trágicas con referencia a la Universidad de Santo Tomás. "Como conjunto orgánico y dirección espiritual —dice— no parece haber sido más que un nombre".

El Dr. Eduardo Yglesias, que escribió uno de los estudios más cuidadosos, me parece a mí, más finos, más penetrantes sobre la universidad, contenido en su libro sobre el origen y desarrollo de la Escuela de Ciencias Económicas y Sociales, nos dice que la Universidad de Santo Tomás fue "planta de invernadero".

El Prof. Azofoifa la define con esta frase elegante: "llevó la vida lánguida de las decadencias sin blasones".

E incluso nuestro Rector, Lic. Rodrigo Facio, creo fue un poco lejos en su negación, al afirmar que "su propia organización arcaica era puro revestimiento alrededor de la nada".

Pero, en mi concepto, la frase más célebre y definitiva en la negación de la Universidad de Santo Tomás, fue, nada menos, la propia de su destructor, es decir, D. Mauro Fernández: "fue científica y naturalmente destruída". Noten ustedes la manera de decirlo; se usa la palabra "destruída". Ahora bien, recordemos que esta "destrucción", que D. Mauro califica de "científica" y "natural", se realiza con un decreto de gobierno y desde un Ministerio de Educación Pública. Es decir, es un acto de autoridad que no pareciera ser ni científico ni natural.

Creo que, sin duda alguna, la obra de D. Mauro en lo relativo a educación primaria y secundaria, fue magnífica, ejemplar; pero D. Mauro, en mi concepto, no enfocó bien, no tuvo acertada visión del problema universitario. El mismo decreto de destrucción de la Universidad de Santo Tomás es un decreto frío, convencional, casi de rutina, en el que no se ve la angustia de un hombre o de una política que está destruyendo una cosa que quizás tuvo valor institucional, arraigo de tradición histórica. Es un decreto tajante, con esos "considerandos" típicos de todo decreto, sin ir a lo hondo, al aspecto íntimo y revelador que pudiera motivar y explicar las razones que llevaban a la destrucción de la Universidad.

Entre las razones expuestas en el decreto, se dice que la Universidad no tenía organizadas Facultades; aquellas Facultades necesarias para formar una verdadera Universidad. Yo creo que dichas Facultades sí fueron organizadas y funcionaron con permanencia durante bastante tiempo. Sin embargo, ya veremos más adelante, que el concepto de Facultad en esta época en que la Universidad de Santo Tomás trabaja durante cuarenta y cinco años, no era tan fundamental ni normativo como lo es hoy día. No podemos negar que existieron las Facultades de Teología, de Derecho, de Letras y hasta un remedo modesto, pero interesante, de Facultad de Medicina. Todas ellas rematan sus estudios con los correspondientes diplomas académicos.

Otra razón importante expuesta en el decreto nos dice que las condiciones entonces existentes en el país no eran medio suficiente para organizar un centro de investigación estrictamente científico. Diremos sobre este punto que nunca pretendió la Universidad de Santo Tomás ser un centro de investigación científica; aún más, ya veremos cómo, en este sentido, el propio D. Mauro se contradice al expresar la opinión de que en Costa Rica nunca se podría establecer una Universidad que tuviera pretensiones científicas. D. Mauro concebía la Universidad desde un punto de vista funcional y ocasional, con su propia temporalidad relacionada íntimamente con las necesidades locales del país.

Otras de las razones expuestas en el decreto son las siguientes: que los estatutos y demás disposiciones que regían la Universidad Nacional no concordaban con los progresos de la ciencia ni con los medios de nuestra condición social. Olvidaba a este respecto D. Mauro que la institucionalidad de una Universidad no siempre reside en sus estatutos. Y, en mi concepto, la de Santo Tomás fue por la vía institucional y no por sus estatutos, como ajustó admirablemente su desarrollo histórico de cuarenta y cinco años a la realidad cultural, social y económica de la época. Debemos buscar —y esto es fundamental en mi concepto— la realidad de la Universidad de Santo Tomás en su institucionalidad y no en sus estatutos.

Continúa así el decreto: que era indispensable la reforma de esas leyes y la creación de los elementos necesarios para que los estudios superiores pudieran desarrollarse en toda su extensión. Ya veremos más adelante que aquí hace valer D. Mauro su actitud fundamental de que para una verdadera reforma universitaria es necesario, antes, crear una sólida educación primaria y secundaria. Trataremos luego de establecer el hecho de que esta actitud, proyectada en el academicismo universitario de la época, no es la exacta. Aun en el período en que funciona la de Santo Tomás, se concibe todavía la Universidad de la época como una abstracción unitaria de cultura superior.

Y dice finalmente el decreto, en su último considerando: que la Escuela de Derecho, única establecida, reclamaba una organización completa, capaz de proporcionar todos los conocimientos que pide la naturaleza y función especial de la ciencia jurídica. Este considerando contiene, en verdad, frases muy vagas. Muy poco se concreta con decir o referirse a conocimientos que pide la "naturaleza" y función "especial" de la ciencia jurídica.

Quiero, sin embargo, hacer notar un hecho muy revelador y significativo con relación a la reorganización que de la Facultad o Escuela de Derecho hizo D. Mauro.

Recuerden que, en su nueva forma, esta Escuela duró bien poco, ya que, en muy corto plazo, vuelve a manos del Colegio de Abogados, adquiriendo aquel antiguo sentido corporativo que tuvo durante sus años de integración en la Universidad de Santo Tomás. La tutela estatal a que la sometió D. Mauro no le fue propicia ni duradera.

En resumen, el decreto de destrucción de la Universidad, preparado por D. Mauro, no convence, es demasiado general y vago en sus razones. Parece pertenecer a una rutina de administración pública más que a un razonamiento estrictamente académico. Faltan estadísticas ilustrativas, análisis gráficos y concretos de los cuarenta y cinco años de la Universidad, que nos permitan pasar gradualmente de la realidad objetiva a una estimación general de la fuerza institucional que ya había adquirido.

Creo, en mi modesta opinión, que las razones que impiden a D. Mauro ver claro dentro del problema universitario fueron, principalmente, tres. Trataremos de exponer ahora estas tres razones.

En primer lugar, D. Mauro no concibe la posibilidad de una Universidad sin el antecedente anterior jerárquico e inmediato de la educación primaria y educación secundaria.

No dudamos que para nuestra época, esta relación es fundamental. Relación de antecendencia que hemos defendido y debemos continuar defendiendo siempre, aquí en la Universidad de Costa Rica. No podríamos admitir hoy día que un alumno pudiera ingresar a cualquiera de las Facultades universitarias sin haber cursado antes con éxito estos dos ciclos anteriores de educación académica.

Sin embargo, no siempre fueron así las cosas. La antigua Universidad de Santo Tomás vivió otro siglo y otra concepción de lo universitario. Podían entonces —ya fuera aquí en Costa Rica o bien en otros países del viejo o del nuevo mundo— formarse las universidades como una unidad orgánica independiente, como una abstracción puramente universitaria, sin necesidad del requisito previo formal, podríamos decir, de los otros dos ciclos educacionales.

Lo que se necesitaba entonces era otra cosa, muy simple por cierto, pero muy positiva. Se necesitaba una actitud universitaria seria y responsable, cuya base tenía que ser necesariamente, inevitablemente mejor diría yo, una cultura académica ya bastante avanzada, viniera ésta de donde viniera, ya fuera de un auto didactismo tomado sin método, aquí y allá, de tantas fuentes modestas pero reiteradas que se filtraban a través de la pequeña vida cultural nuestra de entonces. O bien, a veces también tenía esta cultura su origen en un avanzado desarrollo progresivo de lo aprendido en nuestras escuelas de primeras letras y en la benemérita Casa de Enseñanza de Santo Tomás. Se realizaba entonces, me dirán en este segundo caso, esa unidad de los tres ciclos de que hemos hablado antes. Es cierto, pero se realizaba de una manera inorgánica y puramente accidental.

Repito, pues, que la requerida jerarquía progresiva de las tres etapas no era concebida como indispensable durante la época en que trabajó la Universidad de Santo Tomás. Si en la misma Europa de la primera mitad del siglo XIX —oigan bien esto— hubiéramos querido aplicar el criterio rígido de D. Mauro de suprimir toda Universidad que no hubiera funcionado como culminación necesaria de los tres ciclos académicos, necesario hubiera sido destruir la casi totalidad de las de entonces, sin excluir, justamente, algunas de las mejores y más antiguas.

Para comprender con exactitud lo que en realidad era la Universidad de Santo Tomás, tenemos que tomar dos puntos de vista que nos resultan indispensables. Primero, considerar lo "modesto" de su organización. A un país en su etapa patriarcal, correspondía también una Universidad de carácter patriarcal. Segundo —y como consecuencia de lo primero— es necesario recordar que, ante esta ausencia de toda lujosa estructura exterior, debemos ir al elemento puramente humano, es decir, la

fuerte personalidad de sus profesores, si pretendemos estimar el rendimiento y calidad de su enseñanza académica.

En otras palabras, la Universidad de Santo Tomás tiene algo "íntimo" que se nos escapa si queremos verla únicamente desde lo exterior, a través de reglamentos y estatutos, o bien —y esto es peor todavía—, a través de algunas anécdotas ingratas que sobre ella se han echado a rodar desde hace muchos años.

Modestia e intimidad no siempre son valores negativos. Todo lo contrario; con relación a la Universidad de Santo Tomás, fueron esencialmente constructivos y limitaron su destino, justamente, a lo que debía y podía ser, nada más ni nada menos.

De lo dicho anteriormente quiero derivar ahora algo que me parece esencialmente característico de la Universidad de Santo Tomás. Tenía una actitud de "ateneo" o de "tertulia". Recordemos que el llamado espíritu de tertulia es fundamental en nuestra cultura del siglo XIX. Pues bien, la enseñanza en la Universidad de Santo Tomás se basaba en una relación personal, bien escueta de normas pedagógicas afortunadamente, entre el profesor y el discípulo. Algo, quizás informal y poco sistemático, pero ennoblecido por una devoción casi señorial del discípulo por su maestro. Así, el discípulo se iba elevando lentamente en coloquios académicos dilatados e informales, para acercarse al nivel del maestro.

Pues bien, señores, si de la anterior hacemos otra deducción sencilla, llegaremos a comprender que aquella Universidad no podía ser una Universidad multitudinaria. No cometamos el pecado de pedirle a la de Santo Tomás abundancia de alumnos y frondosidades académicas. Y, mucho menos, programas o planes de estudios rígidos, con tiranía pedagógica a la moderna.

Nos cuesta un poco decirlo por temor de que se nos interprete mal; pero tenemos que decir que la antigua Universidad de Santo Tomás era una universidad de "élite", en el buen sentido de la palabra y cuando se la refiere a actividades académicas. Gentes serias eran las que asistían a sus aulas que en aquel ambiente de ateneo y al completar los años necesarios para la graduación, habían ya casi alcanzado el nivel cultural y académico de sus profesores. No de otra manera se comprende que los graduados de la Universidad de Santo Tomás desmaron de una manera tan rápida y permanente la dirección y responsabilidad del desarrollo político y cultural del país. Recuerden que el mismo D. Mauro ya es figura casi de representación nacional pocos años después de dejar las aulas universitarias y, si no estoy equivocado, el mismo título de abogado obtenido en la Universidad de Santo Tomás le permite ejercer —aunque por poco tiempo— su profesión como asociado de una prestigiosa firma de abogados de la ciudad de Londres. Y el Dr. Carlos Durán es con los antecedentes académicos de Santo Tomás —se gradúa en 1870 como Bachiller en Filosofía— que sin dificultad alguna puede iniciar y completar sus estudios de medicina también en la ciudad de Londres. La misma observación podríamos hacer con referencia a los dos grandes patricios de nuestra época liberal moderna, es decir D. Cleto González Víquez y D. Ricardo Jiménez; tan pronto terminan sus estudios, son ya figuras de relieve nacional.

¿Cómo explicar, señores, esta admirable madurez tan prematura en los hombres de aquella generación universitaria? He mencionado solamente a algunos de ellos, pero la lista podría ser larga: Miguel Obregón, Pedro Pérez Zeledón, Máximo Fernández, Pío Víquez. Hoy nos asustamos al leer en los Estatutos de Fundación de la Universidad, redactados por el propio Dr. Castro, aquel párrafo que requiere de los que pretenden matricularse en ella, el ser calzados, es decir, llevar zapatos. Pero estos son, justamente, esos signos exteriores de estatutos o reglamentos que desvían la atención de criterio y, por generalización peligrosa, nos llevan a formarnos una idea equivocada de las instituciones. ¡A veces está tan lejos lo institucional de lo reglamentario! Lo cierto es que la Universidad de Santo Tomás fue algo modesto

pero con alguna "intensidad" al mismo tiempo. Pocos alumnos tenía en realidad, pero que, debido justamente a aquella limitación que debemos admitir era una limitación de "élite", lograba una educación verdaderamente superior, de carácter muy personal, en coloquio creativo entre profesor y alumno.

De lo antes expuesto podemos, pues, deducir que la Universidad de Santo Tomás tenía mucho de sentido corporativo. No creo, como lo han dicho educadores de prestigio, que en ella faltara ese sentido corporativo. Sin duda alguna lo tenía y en tan alto grado que es justamente en ese sentido corporativo en donde debemos buscar su más sólida base orgánica. Todo lo demás se oscurece, reglamentos, estatutos, planes de estudio, si juzgamos la Universidad de Santo Tomás, con base en esta organización corporativa. En ella lo corporativo va creciendo lentamente, hasta formar su propia institucionalidad.

Se ha dicho con cierto desgano que la Universidad de Santo Tomás no pasó de ser una organización puramente medieval; pero el desdén no va muy lejos si tomamos en cuenta o recordamos que aún en la vieja Europa y por los tiempos en que funciona nuestra vieja universidad, todas tenían mucho de medieval en su organización por "colegios" en el sentido arcaico del término. Colegios, es decir, como albergue, a la vez, de vivienda y de actividad académica.

La segunda razón por la cual, creo yo, D. Mauro no vio claro en el problema universitario, es su deseo de relacionarlo con las necesidades concretas nuestras. "Se dará preferencia —dice— a aquellas escuelas que más convengan a los intereses del país". Y agrega en otra parte de sus escritos: "Lo que en el país hace falta, y debe tratar de fundarse, a la brevedad posible, es una Escuela Politécnica, en la cual se cultiven las ciencias desde un punto de vista de su aplicación inmediata a la vida práctica... Universidad propiamente dicha, donde se cultive la ciencia pura, no tiene razón de ser en Costa Rica".

Mediten Ustedes, señores, sobre la gravedad de esta afirmación. Primero, D. Mauro afirma su concepción de la Universidad desde un punto de vista práctico, o bien, dicho con sus propias palabras "desde el punto de vista de su aplicación inmediata a la vida práctica". Segundo, la última frase representa, nada menos, que la negación presente y futura de una Universidad en Costa Rica. Repito la sentencia, pues es sumamente desconcertante: "Universidad propiamente dicha, donde se cultive la ciencia pura, no tiene razón de ser en Costa Rica".

No expuso de manera concreta D. Mauro lo que entendía por Escuela Politécnica. Pareciera que con ello se define una extraña actividad docente en la que lo profesional se mezcla con lo vocacional o de simple artesanía. Si referimos la cita a la Escuela Politécnica de París, por ejemplo, su organización es completamente distinta a la concepción de D. Mauro. La Escuela Politécnica de París es una escuela de minoría académica profundamente seleccionada, cuyo curso completo de estudios es de únicamente dos años intensamente academizados; para su ingreso, se necesitaba pasar concursos muy severos. La de Bélgica es también escuela o facultad densamente especializada en las ramas de la ingeniería y también muy selectiva en sus requisitos de ingreso. Desconozco si existe en Chile escuela alguna de este género y la orientación que la caracteriza; Chile tiene ya bastante influencia en aquella época sobre nuestra educación y es posible que influyera también en este aspecto.

Repito, pues, que en Europa lo politécnico es, justamente, lo contrario de lo que aparentemente creía D. Mauro. Curioseando dentro de este asunto he llegado como a intuir que lo que D. Mauro tenía en mente al hablar de Escuela Politécnica era algo semejante a L'Ecole des Arts et Metiers de París, una escuela que en Francia goza de gran prestigio; de un carácter sumamente complejo, lo vocacional va unido con lo profesional y, a veces, hasta con la simple artesanía. Quizás D. Mauro vió en todo esto una manera directa y práctica de adaptar, con cierta flexi-

bilidad, una educación con apariencia de educación superior, a las necesidades concretas del país. Es decir, colmar su aspiración de lo universitario, dándole a la Universidad una extensa gama, desde lo vocacional hasta lo profesional. También creo que su entusiasmo y conocimiento de la famosa escuela parisina le vino de segundas manos, por medio de su ilustre colaborador Pedro Pérez Zeledón, quien viaja a Francia para estudiar sus sistemas de educación.

En verdad, lo que se entiende hoy y se entendía a fines del siglo XIX por Escuela Politécnica, es bien complejo e incierto. El contenido del concepto varía mucho, según se le use en Francia, Inglaterra o Suiza, por ejemplo. Sin embargo, podemos decir que con frecuencia lo politécnico sugiere un complemento a lo puramente académico universitario, como derivado y no como punto inicial para la fundación de una nueva Universidad.

De paso quiero despertar en Ustedes algún interés para que repasen el proyecto (apenas esbozado, es cierto) que hace don Mauro sobre lo que debe ser, en su concepto, la nueva Universidad Nacional. Carece de la más elemental concepción de unidad académica. La llamada Instrucción Profesional en la proyectada reforma comprendía materias tan contradictorias en lo académico, como las siguientes: Perito Agrimensor, Perito Mercantil, Perito Agrónomo, Maestro de Obras, Constructor de Puentes y Caminos, Ingeniero de Minas, Ingeniero Topógrafo y Farmacéutico.

Si grande fue la obra de don Mauro en su organización de la enseñanza primaria y secundaria, su proyectada reforma universitaria no tuvo el mismo acierto. De haberse tomado como antecedente posible para nuestra actual Universidad, el resultado hubiera sido muy distinto al obtenido. Sinceramente —y digámoslo con todo respeto para el resto de la obra de D. Mauro— fue mejor para nuestra trayectoria universitaria, que aquel proyecto nunca fuera realidad.

El tercer aspecto que parece perturbar en D. Mauro su concepto de la Universidad, lo podríamos llamar un aspecto político, en el buen sentido de la palabra; no politiquero, político simplemente.

No creo —como ha sido tesis de algunos— que la clausura de la Universidad de Santo Tomás se debiera a una reacción liberal anticlerical. Por lo menos, esa reacción no se justificaba. Hemos ya visto, por la exposición tan brillante de D. Rafael Obregón, que la Universidad tuvo la amplitud necesaria para una buena enseñanza académica; amplitud que le trajo sus crisis internas y que se canaliza luego hasta producir la magnífica generación liberal que regirá los destinos del país en fecha futura inmediata a la clausura de la universidad.

Pero en D. Mauro existe la actitud dogmática del hombre de Estado empeñado en realizar una reforma. Como complemento —con gran tacto y acierto, es verdad— logra además crear un grupo de colaboradores inmediatos y un adecuado personal docente y directivo muy unido en torno suyo. Creo que la inspiración renovadora de D. Mauro ha logrado unificar por muchos años y en mayor grado, la misión íntima del magisterio, más que todas las asociaciones gremiales o profesionales posteriores. En gran parte, por otro lado, es D. Mauro también responsable por esa tónica de espíritu cerrado colegiado que domina hoy y dominó antes siempre dentro del magisterio.

Esta actitud liberal en algunas personalidades nuestras de fines del siglo XIX es curiosa, quizás hasta algo contradictoria. Es un liberalismo de autoridad o "liberalismo combativo", como lo llama el Dr. Eduardo Yglesias.

Pues bien, no me preocupa, por el momento, ahondar este asunto. Admito, sin embargo, que para la reforma proyectada por D. Mauro en la educación primaria y secundaria, era necesario afirmarse en esa actitud de autoridad, crear una especie de dogma. El proyecto implicaba una actitud firme de reglamentación, de programas, de sistematización, de generalización nacional, todo dentro de un cierto concepto

orgánico y que necesitaba el apoyo de una autoridad o voluntad concreta de realizar la obra emprendida.

Pero si transplantamos todo esto, que era acertado para una reforma de la educación primaria y secundaria, al campo de una reforma universitaria, el panorama cambia completamente. La Universidad se inspira en algo radicalmente distinto, es decir, en un libre crecimiento institucional, sin esa rigidez de estructura y de acción política que requería la reforma de escuelas y liceos.

Y la Universidad de Santo Tomás tenía ya una institucionalidad bastante avanzada, de casi medio siglo, que D. Mauro pudo haber aprovechado y que, sin embargo, despreció. Pero —y este pero es muy importante— aquella institucionalidad no aparecía como un producto o consecuencia del momento histórico renovador creado y alentado por D. Mauro. D. Mauro necesitaba un punto inicial absoluto dentro de lo suyo y no una continuidad.

Yo le llamo a todo esto que acabo de exponer, el aspecto político contenido en la visión universitaria de la reforma de D. Mauro y que es, a no dudarlo, de alguna importancia. Es, a la vez, como ya lo dije antes, otra de las pantallas que oscurecen su clara visión del problema.

Deseo ahora hacer una comparación —alejándome un poco del asunto concreto que nos ocupa— entre dos momentos de nuestra historia. Dos fechas separadas por medio siglo, pero que ofrecen relaciones muy curiosas.

Me refiero, primero, a las dos administraciones de Carrillo; hasta esta fecha, tuvo nuestra democracia un carácter muy concreto de evolución municipal. La guerra de La Liga fue una crisis desafortunada de esta democracia municipal, provocada por la intención centralizadora del poder que inspiraba la política de Carrillo. Ahora bien, para centralizar el poder, era necesario destruir el sentido disperso de la democracia municipal. Por otro lado, el sentido municipal de nuestra democracia tenía un gran valor de institucionalidad que se había formado lentamente y que venía desde los últimos años de la colonia. Son los Cabildos Abiertos los que dentro de nuestra pequeña modestia demográfica y económica, unen todo lo que es vida política en aquellos primeros años de independencia, con sencillez e intimidad, pero dentro de la única realidad administrativa posible.

Carrillo quiere llevar a cabo una labor progresista de reforma; centralizar el poder y crear una especie de Estado moderno. La codificación de nuestras leyes de derecho civil y público es labor de innegable mérito. La centralización de la administración pública lo es también. Pero todo aquello destruía la autonomía de las municipalidades y con ello, el sentido sencillo pero institucional de nuestra democracia municipal. La guerra de La Liga es algo más que una simple guerra civil por la ubicación de la capital; fue, en mi entender, esencialmente, el levantamiento por la defensa de la democracia municipal.

Aproximadamente cincuenta años más tarde D. Mauro quiere también hacer de Costa Rica un Estado moderno, pero esta vez, orientando su reforma hacia la educación pública. Empeño magnífico y además, en parte, bellamente realizado. Pero para conseguirlo, también D. Mauro ignora una institucionalidad anterior, especialmente en materia universitaria, aspecto en el cual, justamente, D. Mauro fracasa.

No me cansaré de repetirlo y, en el fondo, es la misión que me he impuesto en esta conversación de hoy. La antigua Universidad de Santo Tomás tenía una bella institucionalidad que don Mauro destruyó. No era aquella Universidad algo en el aire; tenía una modesta función, pero justa y acertada para la época en que trabajó.

Estos dos momentos de modernización de Costa Rica, el de Carrillo y el de D. Mauro, me parecen interesantes. Son dos momentos que se inspiran en una intención de progreso y de reforma, pero son también dos momentos de autoridad de Estado contra un sentido de institucionalidad. No puedo extenderme —falta de

tiempo— sobre este tema y les invito a que mediten sobre asunto tan revelador e interesante de nuestra historia.

Veamos ahora las razones que el Prof. Galdames nos ofrece para explicar el pretendido fracaso de la antigua Universidad de Santo Tomás. Son ellas tres, y las expondré en su orden: primero, falta de alumnos; segundo, falta de medios materiales; y tercero, carencia de maestros.

Sobre el asunto de los alumnos, algo he dicho ya antes al respecto. Nunca fue ni pudo haber sido densa la población estudiantil de Santo Tomás. Si pretendemos pedirle población multitudinaria, cometeríamos un grave error. Era una Universidad de minoría, tanto por su intención, como por razones de la época. La verdad es que nunca se ha tratado de comprobar numéricamente la cantidad de su alumnado. Se nos dice —como signo trágico revelador— que en 1887, un año antes de su clausura, tenía únicamente 13 alumnos. Pero éste es otro de esos detalles peligrosamente generalizados que desvían nuestra atención hacia un juicio rápido y peligroso. Debemos admitir que el alumnado es un elemento fundamental en el desarrollo de una Universidad y si lo es así, ¿cómo explicar los cuarenta y cinco años de vida de la de Santo Tomás si en ella faltaban los estudiantes? Sería admitir una porfía durante casi medio siglo humanamente difícil de explicar y justificar.

Si repasamos el mensaje de protesta enviado a la Cámara Legislativa con motivo de la clausura de la Universidad, encontramos entre los firmantes de este mensaje buen número de sus alumnos, la mayoría de ellos nombres que fueron ilustres en nuestra historia.

Recordemos el sentido de relación entre profesores y alumnos que antes expuse como fundamento a la actividad académica de la Universidad. Lo definí como una relación muy directa, a manera de tertulia o ateneo. Si tomamos en cuenta entonces esta posible explicación, explicaremos también y como consecuencia, la razón que existía para que el alumnado fuera limitado.

Sería únicamente imaginación y no otra cosa, si pretendemos mostrar la antigua Universidad de Santo Tomás como algo frondoso y multitudinariamente activo. Todo lo contrario, lo singular y lo íntimo fue más bien su característica.

Falta de medios materiales, nos dice el Prof. Galdames, haber sido la segunda razón del fracaso. Esta afirmación es discutible. La Universidad llega a acumular la enorme suma para aquellos tiempos de cien mil pesos. Si tomamos en cuenta que en el año de 1833, las entradas fiscales totales de Costa Rica ascendían apenas a la suma de veinticuatro mil pesos, podemos darnos cuenta de lo significativo de la otra suma indicada.

Se nos dice también que en 1887 —es decir, un año antes de ser abolida— contribuye (oígase bien esto: "contribuye") con siete mil doscientos pesos anuales para la manutención del Liceo de Costa Rica.

Hay algo más todavía, ya que la Universidad fue siempre impresionantemente pródiga en sus regalías. Veamos lo que nos dice el Prof. Obregón al respecto:

"Con fondos universitarios fueron creados por el Doctor Castro dos establecimientos de enseñanza: la Escuela Normal (1846) y el Liceo de Niñas (1847), siendo éste el primer colegio para mujeres organizado en el país.

"La Universidad subvencionó en enero de 1861 el establecimiento de enseñanza fundado en Cartago por el doctor Pedro María de León-Páez, en que se enseñaba Filosofía e Idiomas, cátedras que fueron consideradas como universitarias.

"Reconoció además con el mismo carácter las clases intermediarias y superiores dadas en el Liceo fundado en San José en 1864 por el doctor Máximo Jerez.

"En 1879 se reconocieron las clases de derecho que en la ciudad de San Ramón daba el licenciado don Julián Volio, y en 1887 fue subvencionado el Liceo de Costa Rica, fundado ese año en la capital por el gobierno del licenciado Bernardo Soto.

"Pero su labor en este sentido llegó aún más lejos; la Universidad mantuvo, organizados dentro de su propio establecimiento dos colegios de segunda enseñanza; el Instituto Nacional (1874 a 1883), y el Instituto Universitario (1884-1887)".

Hasta aquí el Prof. Obregón en su interesante cita. Podríamos, pues, decir, que la Universidad de Santo Tomás no parece haber muerto por falta de medios, aunque sí, aparentemente, corrió el riesgo de un "suicidio", justamente, por lo pródigo y dadivosa.

Pero esta holgura no fue únicamente de medios económicos; lo fue también en su disponibilidad de algunos medios de enseñanza. Citaré de nuevo, a este respecto, al Prof. Obregón:

"De Europa trajo en 1865 instrumentos para la enseñanza de Física y Química y materiales apropiados para instalar un laboratorio, que fue el primero instalado en Costa Rica.

"Prestó nuestra Universidad también importantes servicios en lo que se refiere a la difusión del libro en nuestro país, y organizó una biblioteca como hasta el momento no había existido otra en la República, la cual fue abierta al servicio del público el 14 de Julio de 1884, con el nombre de Biblioteca Universitaria, siendo sus bibliotecarios don Miguel Obregón, primero, y don Alfonso Jiménez Rojas, después.

"Clausurada la Universidad, esta biblioteca se convirtió poco después en nuestra actual Biblioteca Nacional".

Todo esto que acabo de enumerar —de textos tomados de una obra del Prof. Obregón—, es realmente desconcertante si lo enfrentamos a la pretendida poca actividad o importancia de la Universidad de Santo Tomás. Resulta, por el contrario, que su radio de acción fue discretamente proyectado hacia otras provincias de la República, que su disponibilidad de fondos le permitió desangrarse un poco en favor de otras instituciones docentes y que complementó con libros y con material didáctico su enseñanza académica y científica.

Si se pretende, además, que la Universidad de Santo Tomás era algo así como un vacío en torno a un nombre, resulta también inexplicable la construcción de un edificio para su uso exclusivo. Esto sucede en la segunda administración de Juan Rafael Mora, en 1854. Se construyen dos edificios sustancialmente representativos para la arquitectura y los recursos económicos de entonces: el de la Universidad y el Palacio Nacional, ambos recientemente desaparecidos. El Presidente Mora —simbólicamente, sin duda alguna—, dota de digna morada a dos de las instituciones más importantes de su época: es decir, al Gobierno y a la Universidad. Era aquello una afirmación de Estado, buscando un sentido moderno de cultura y de estabilidad.

Visité el edificio de la Universidad poco antes de ser demolido. Debo confesar que, ante aquella sobriedad y el recogimiento que sugerían sus aulas y corredores, sentí una profunda emoción. La sala grande —probablemente la magna— con su bóveda de arco de medio punto, su patio interior tan claustal e inspirador, le hacían a uno pensar y recordar. Aquello no pudo solamente haber sido un vacío, por más de un cuarto de siglo. ¿Cómo podía ser posible que aquel edificio relativamente amplio y con su estilo académico bastante definido, no hubiera tenido antes, y siguiera teniendo después, un sentido de vida que lo inspirara y justificara?

Llegamos ahora a la última razón que nos da el Prof. Galdames, para explicar el fracaso de la Universidad.

Se refiere el Prof. Galdames a la falta de profesores. Quiero —de paso— recordar a ustedes que el momento en que se funda la Universidad de Santo Tomás, es un momento oportuno y, además, lleno de entusiasmo. En primer lugar, fue un acto de juventud, ya que sus primeros catedráticos fueron todos gente joven, pues el mayor de ellos no había cumplido todavía veinticinco años de edad y el menor tenía solamente veintidos años. No fue, pues, una actitud inicial avejentada o medieval como se ha pretendido la que trajo a la vida la primera Universidad de Costa Rica. Por otro lado, acababa de pasar la dictadura y caída de Morazón y aquella juventud parecía querer despejar el horizonte para una nueva vida institucional y de cultura.

La colaboración directiva y docente de lo más representativo de la época, no se hizo esperar. La regencia rectoral la llevaron siempre personas sumamente ilustradas. Veamos la manera gráfica y admirable como el profesor Obregón nos resume esta colaboración:

“Todas estas personas que estuvieron al frente de nuestra Universidad fueron ciudadanos eminentes que prestaron valiosos e importantes servicios al país. De la calidad de sus méritos podrá juzgarse recordando que cuatro de ellos fueron presidentes de la República y dos estuvieron encargados del Poder Ejecutivo interinamente, a más de que otros fueron candidatos a la Presidencia de la República. Nueve desempeñaron el cargo de Presidente del Congreso; nueve, el de Presidente de la Corte Suprema de Justicia; doce, el de Secretariado de Estado, y uno, el de gobernador de la diócesis de San José”.

Podemos también decir que como profesores de la Universidad encontramos algunas de las figuras representativas de su época. No existe, que yo sepa, una lista o repertorio de los profesores de la Universidad de Santo Tomás: es trabajo que valdría la pena hacer y nadie mejor preparado para ello que el Prof. Obregón, quien ya con tanta erudición y mejor juicio crítico, publicó su estudio sobre los Rectores. Espigando rápidamente sobre este asunto, me he encontrado con que no es únicamente un grupo de profesionales los que forman el claustro universitario. También los intelectuales —poetas principalmente— ocupan algunas cátedras. El poeta Pío Víquez fue profesor universitario y también lo fue el poeta y abogado don Rafael Machado, quien junto a la enseñanza profesional del derecho romano y el derecho penal, dictaba además lecciones de literatura española.

Eran también aquellos profesores profesionales preocupados por una mayor cultura y, para conseguirla, varios de ellos viajan por el extranjero. El Dr. Nazario Toledo viaja en 1850 por Europa en compañía del Dr. Castro —ambos Rectores de la Universidad— y de D. Vicente Aguilar. Llevaba como encargo —y es este un detalle interesante— conseguir libros de textos e instrumentos para la enseñanza de las ciencias. El Dr. Eusebio Figueroa viaja a Francia primero, luego en 1869 visita Inglaterra. Lorenzo Montúfar va a Europa en 1858. El Dr. Domingo Rivas viaja a Roma en 1879.

Otra cosa que sorprende es la estabilidad que en sus puestos conservan algunos de sus Rectores: el presbítero Juan de los Santos Madriz fue Rector por 7 años; el Dr. Nazario Toledo por 10; y el Dr. José María Castro por 17. Me parece a mí que esta estabilidad de sus Rectores sugiere o implica, al mismo tiempo, una estabilidad de la institución misma que se regentaba.

El Dr. Castro identifica su vida durante muchos años con la de la Universidad. En alguna parte nos dice haber sentido mayor orgullo por ser su Rector que por haber desempeñado la Presidencia de la República. Tratándose de un hombre de la cultura y del talento del Dr. Castro, ¿cómo explicar esta adhesión tan amplia a la Universidad de Santo Tomás, sin admitir al mismo tiempo para ella un valor institucional e histórico de algún relieve?

Existe una multitud de detalles curiosos, interesantes y, sobre todo, reveladores sobre la Universidad de Santo Tomás que no podría mencionar por falta de tiempo y por no cansar la amable atención de Ustedes. Todos esos detalles, toda esa información que por fragmentaria y dispersa no deja de ser importante, debería clasificarse y explicarse; partir desde ella, desde lo pequeño (la *petite histoire*, como dicen los franceses) y por método inductivo llegar hasta la información reveladora del dato más general y básicamente informativo.

Como dije al iniciar mi intervención en este coloquio, no pretendo exponer una tesis; me interesa, más bien, despertar una inquietud. La Universidad de Santo Tomás no fue una especie de fantasma (los fantasmas no viven tanto como cuarenta y cinco años); fue una realidad institucional, discreta pero firme. Si la relacionamos directamente también con la época en que le tocó trabajar, no podemos cometer el error de pedirle lo que no podía tener, es decir frondosidad de organización académica y docente. Meditemos, pues, sobre ella, en actitud de llegar un poco a su misma intimidad. Sería un trabajo lento quizás en su procedimiento, pero al final de cuentas, amable y que, necesariamente, ha de darnos frutos nuevos y, tal vez, hasta ahora insospechados.